

VIII

De vuelta en Constantinopla, Murad-bajá se entregó de nuevo á la diplomacia y apaciguó las incesantes disputas de los pretendientes de Transilvania. Llenó de deferencias hácia el embajador francés, M. de Salignac, permitió á cinco jesuitas protegidos por la Francia que fundasen escuelas en Constantinopla, y que intentasen por la séptima vez la imposible reunion de los dos cultos cristianos, el griego y el latino, bajo la unidad pontifical.

Los venecianos contrariaron cuanto pudieron, por medio de su embajador, los progresos en Turquía de una órden religiosa, cuya milicia acrecentaba la influencia de los papas, sus enemigos en Italia. La agitación religiosa se promovió en Oriente como en todas partes por esta milicia hábil siempre y militante. Los jesuitas no tardaron, como lo veremos bajo otros reinados, en sufrir y en provocar la persecucion por causa de culto. Repelidos por los griegos, se dirigieron á los armenios, ménos sostenidos por el divan. Despues de haber tratado en vano de unirlos á la

iglesia romana, los acusaron como de un crimen de su fidelidad á su fe.

Murad, poco atento á estos motivos de discordia entre los enemigos del islamismo, no pensaba mas que en satisfacer á la Francia, favoreciendo á sus protegidos, para estrechar sus relaciones con ella. El cisma de los turcos y de los persas lo preocupaba algo mas que las disidencias de los sacerdotes cristianos.

En la primavera partió para la frontera de Persia con el titulo de serdar. Las tropas de Rumelia, de Anatolia, de Caramania, de Sirvas, de Damasco, de Alepo, de Tschildir, de Diarbekir, de Batum, de Erzerun, de Kars, de Albania, los genizaros, los kurdos sometidos, los spahis, los contingentes feudatarios, los topdju ó artilleros y todos los cuerpos pagados y regimentados del imperio componian su formidable ejército. La fama de su valor y de su experiencia le daba tal prestigio que la victoria parecia inseparable de su vida. Sus noventa y un años de estudios, de diplomacia, de combates y de gobierno no habian gastado su imaginacion. Veia sin temor acercársele la muerte, contento con que su vida fuese útil hasta el último instante al afianzamiento del poder del sultan.

Habiéndose presentado imprudentemente en el campamento uno de sus mas encarnizados enemi-

gos, y tambien de los mas capaces, el visir Nassuh, le propusieron que se aprovechase de la ocasion para deshacerse de él. « No, no, dijo, ese miserable me aborrece, pero se sirve muy bien de la pluma, de la lengua y del sable; su muerte seria un mal ser- vicio hecho á la Puerta, Dios me libre de matar á hombres que pueden reemplazarme perfectamente en el visirato. »

La muerte lo sorprendió en efecto pocos dias despues en su tienda, camino de Erzerun, y Nassuh-bajá fué nombrado provisionalmente por los generales para mandar á las tropas con el título de serdar. Schah-Abbas, intimidado por este alarde de fuerzas, se apresuró á negociar con Nassuh para evitar el desbordamiento de los turcos sobre sus fronteras. El ejército volvió á Constantinopla á aguardar en sus acantonamientos el resultado de las negociaciones.

IX

Nassuh-bajá subió de serdar á gran visir. Se habia desposado con una hija de Achmet I aun niña, que murió ántes de la edad nubil. Desde Amurat III, el

haren no tenia influjo en los negocios. Habian persuadido á Achmet con el imperio de la sultana Sa-fiyé, de Djanfeda, gobernadora del haren, de la judía Kira y de las mil odaliscas de su abuelo, que al sortilegio se debia mucha parte del atractivo y del dominio de las mujeres. Temia que lo subyugasen los hechizos que habian agitado tanto los dos últimos reinados. Fogoso, pero sobrio en amores, solo amaba á la madre de sus dos hijos. Esta mujer celosa vigilaba el tálamo del sultan.

Habiéndole regalado una de sus hermanas una esclava de extraordinaria belleza, la sultana esposa la extranguló secretamente con sus propias manos. Para ocultar su crimen á Achmet, puso el vestido de la víctima á otra odalisca y la hizo introducir á favor de las tinieblas en el apartamento de Achmet, quien descubriendo el crimen y la superchería, deploró la muerte de la esclava que habia preferido, y pegando á la esposa culpable con el mango de su puñal en el rostro, la derribó sobre la alfombra.

Pocos dias despues de este horrible drama doméstico, recibió Achmet en el hombro una pedrada que le tiró un dervis fanático, cuando cruzaba el hipódromo á caballo. La cabeza del culpable rodó á los piés del caballo del sultan.

Una embajadora de Georgia, país en donde la po-

lítica se hallaba dirigida por las mujeres, causó admiración en Constantinopla por su belleza, su lujo y su elocuencia. Los embajadores de Schah-Abbas dieron ocasión á fiestas espléndidas, en las que Achmet se propuso deslumbrar á los persas. Él mismo peleó en la liza contra el gran visir, y su djerid, lanzado por su mano con el vigor de la juventud, pasó rozando la cabeza de Nassuh. Cacerías memorables en los bosques de Andrinópolis y de Macedonia, ofrecieron á la vista del sultan mil doscientos ciervos y millares de aves de rapiña. Volvió á pasar el estío en sus palacios del Bósforo, en medio de fiestas y devociones.

Dos años de tranquilidad completa, asegurados por la energía del viejo Murad, sucedieron á las agitaciones de la guerra. El nuevo gran visir cedió á Schah-Abbas, por un tratado definitivo, todas las provincias en litigio que los turcos habían usurpado á los persas desde el reinado de Mahomet II.

X

Las disputas relativas á la Transilvania se renovaron sin cesar entre los turcos y el Austria. Esta pro-

vincia, desde la muerte de Boeskaï, se hallaba destrozada por las diversas pretensiones de los Bathory, reyes de Hungría, de los Rakoczy, de Gabriel Bethlen, elegidos sucesivamente por los nobles de Transilvania, y que buscaban auxilios, los unos entre los turcos, los otros entre los alemanes; estos en Valaquia, aquellos en Polonia. Los húngaros independientes, haciendo valer sus derechos anteriores al tratado de Sitvatorok, aumentaban la confusión y la anarquía; los bajás, gobernadores de las fronteras de la Hungría turca, protegían alternativamente las pretensiones rivales de todos estos príncipes efímeros de Transilvania. Gabriel Bethlen, sostenido un momento por los nobles húngaros, acababa de firmar en secreto con Nassuh un tratado por el cual « los nobles y los magnates de la Hungría superior se comprometían en favor de Bethlen á ser amigos de los amigos de los turcos y enemigos de sus enemigos. » Estas pretensiones y estos tratados, discutidos y interpretados indefinidamente entre los negociadores vieneses y los de la Puerta, agitaban la paz sin llegar á romperla en el Danubio.

En el Asia, un desembarco de cosacos acababa de sorprender y de saquear la ciudad marítima de Sinope en el mar Negro. El gran visir Nassuh envió tardíamente una escuadra para recobrarla, y aver-

gonzado de esta imprevision , ocultó este desastre á Achmet. El preceptor, el muftí, el jefe de los eunucos, faccion del serrallo opuesta á Nassuh , denunciaron al sultan este revés y esta infidelidad del gran visir. Hiciéronle presente con la elocuencia del ódio el vil nacimiento de este extranjero, hijo de los bosques de la Albania, en donde su padre era un leñador cristiano, que fué despues cortador de leña (baltadji) en las cocinas del serrallo, mas tarde verdugo de un aga de los genízaros, escudero luego, camarero en seguida y gobernador de provincia, enriquecido por su matrimonio con la hija única de un jefe de kurdos de Mesopotamia, bastante ambicioso y opulento para ofrecer pagar cuarenta mil ducados de oro por el puesto de gran visir que codiciaba ; faccioso en el campamento del viejo Murad que lo perdonó cuando debía haber derribado su cabeza, su sucesor, mas bien por eleccion de las tropas que por la del sultan, desposado con la hija del padischah, dueño absoluto y dominador insolente de su señor, enajenándole todas las voluntades con sus exacciones y sus crueldades, negociando paces vergonzosas con los persas y los húngaros, dejando invadir las costas de Caramania y de Morea á los buques de Florencia, Génova y Malta, devastar á Sínope por una horda de cosacos, y ocultando todos estos desastres al sultan para li-

brarse del justo castigo que merecian sus crímenes.

Semejante discurso, cayendo en el alma ulcerada de Achmet I, excitaba con demasiada viveza su propio resentimiento para dejar dormir la sed de venganza. El sultan desconfiaba tiempo hacia de su fidelidad. Una circunstancia reciente y accidental le habia revelado una maniobra secreta de su gran visir con los tártaros de Crimea para darles un príncipe de su gusto. Un día que Achmet halconeaba con Nassuh en los pantanos de Andrinópolis, vió un halcon desconocido que se lanzaba sobre el suyo y le arrebatava la presa que llevaba al sultan.

« ¿ Quien es el insolente, exclamó, que se atreve á robarme con su ave el fruto de mi caza? » Galopando hácia el grupo de álamos, de donde el halcon enemigo salió contra el suyo, cayó en medio de una porcion de ginetes circasianos ocultos entre los árboles y cubiertos con armas resplandecientes. Estos caballeros eran de la escolta de un príncipe de la casa de los Gherai, que habia llegado, sin que él lo supiera, pocos días ántes á Andrinópolis, en virtud de una invitacion secreta del gran visir, que queria elevarlo al rango de khan de la Crimea. Los príncipes de la familia tártara de los Gherai son los únicos sucesores legítimos de los príncipes de la casa impe-

rial de los otomanos, si llega un día á extinguirse la de Constantinopla.

Este misterio y las insinuaciones de los enemigos de Nassuh persuadieron á Achmet de que su gran visir meditaba quizá un cambio de dinastía para colocar á sus protegidos en el trono y reinar en su nombre. No reveló sus recelos, pero mandó encerrar en el castillo de las Siete Torres al príncipe tártaro y á su acompañamiento.

XI

Pocos dias despues de este suceso, el sultan, saliendo de la mezquita de asistir á la oracion del viérnes, fué apostrofado por un emir (descendiente del Profeta) que se quejó con las lágrimas en los ojos del robo impune de su mujer, cometido por un familiar de Nassuh.

« Mi padischah, padischah de todos los otomanos, » exclamó el ultrajado emir, « ¿ qué significa esta tiranía de una porcion de albaneses y kurdos vendidos á tu visir, y que abusan del favor que les dispensas para humillar y martirizar á tus esclavos? »

Al regreso de Achmet I á Constantinopla, Nassuh, que sentia formarse una nube de ódio contra él quiso herir á sus enemigos por mano del sultan; le pidió las cabezas del muftí, del jefe de los eunucos negros, de su lala ó preceptor favorito. Achmet los previno y negó su petición á Nassuh. Indignado con una negativa que le presagiaba una desgracia, resolvió, con la ferocidad propia de su raza, evitar su triunfo matándolos, y á él su castigo con la fuga. Ordenó á su kyaya Beiram, albanés como él, que asesinase al khodja, al jefe de los eunucos y al muftí, y mandó apostar cincuenta ginetes albaneses de su guardia en una puerta de Constantinopla para proteger su huida á las montañas de la Albania, despues de consumado este triple asesinato.

Beiram, amigo tan pérfido como cómplice feroz, reveló la trama al jefe de los eunucos negros, al khodja y al muftí. Convencieron á Achmet de la infidelidad de su ministro. El sultan disimuló hasta el próximo divan. Nassuh pidió en él con mas imperio las tres cabezas de sus enemigos. « Si no me las entregais, dijo, resigno mis funciones de gran visir y me enveneno. » Estas palabras recordaron á Achmet los rumores que habian corrido del envenenamiento del viejo Murad-baja en su campamento, atribuido á su ambicioso rival. « ¡ Ah ! traidor, » ex-

clamó Achmet, « en ese caso, tú has envenenado á « Murad! »

Esto no obstante, no se atrevió todavía ni á destuirlo ni á castigarlo, bien fuera porque temiese que se sublevaran en su favor los genizaros albaneses, bien fuera porque vacilase en derramar la sangre de su yerno. Al día siguiente, que era viérnes, día en que los sultanes salen con acompañamiento para ir á orar á la mezquita, Achmet envió al visir orden de incorporarse en su cortejo, segun costumbre. Nasuh rehusó su cumplimiento alegando una indisposicion. Esta excusa pareció un ultraje á la majestad del soberano, preludio de una imperdonable rebel-día. Doscientos bostandjis, mandados por su general, guardianes incorruptibles del serrallo, subieron armados al palacio del gran visir, forzaron sus puertas y lo extrangularon despues de haberlo desarmado.

XII

Así murió este albanés; talento natural, valor fe-roz, elocuencia salvaje, ambicion insaciable, intriga atrevida y resolucion desesperada, hubieran hecho

de él un grande hombre, si sus fogosas pasiones y la orgullosa lijereza de su carácter no lo hubieran con-vertido en un aventurero funesto á su señor, al im-perio y á sí mismo. Sus incalculables riquezas, en perlas, toneles de ducados, mil ochocientos sables con puños de oro, de los que uno solo valia cincuenta mil ducados, mil doscientos caballos de raza y de guerra, telas de oro, tapices de Persia, veinte mil camellos, seis mil bueyes, cuatrocientas yeguas ára-bes, quinientos mil carneros que se apacentaban en Europa y en Asia, restituyeron al tesoro del sultan lo que de él habia salido para saciar la codicia de este indigno favorito.

Mohammed-bajá, otro yerno del sultan, recibió los sellos del imperio. El muftí Seadeddin no gozó mu-cho tiempo de su triunfo; la peste le quitó la vida pocos dias despues de la muerte de su enemigo. Sea-deddin fué un historiador de los otomanos, como lo habia sido su padre. Su hermano, Mohammed-Sea-deddin le sucedió en la dignidad de muftí y heredó sus virtudes. Llegando á Constantinopla el dia de los funerales, él recitó en calidad de muftí las oraciones junto al féretro de su hermano.

XIII

El gran visir Mohammed no señaló su administracion mas que por un temerario rompimiento con Schah-Abbas, y una campaña sin gloria, terminada por una paz sin dignidad. Achmet I nombró gran visir al capitan-bajá Khalil para restablecer el honor militar.

Un ejército de cosacos habia invadido la Moldavia, batido al gobernador de Silistria, Mustafá *el Borracho*, y expulsado de sus estados al príncipe de Moldavia, Esteban Tomza, puesto por la Puerta. Iskender-bajá, enviado por el gran visir á Moldavia rechazó á los cosacos y repuso á Tomza. Quinientos hechos prisioneros, la viuda, la esposa y las hijas del príncipe moldavo, coronado durante su invasion, fueron enviados cargados de cadenas á Constantinopla. En el camino, la viuda del príncipe rebelde de Moldavia, llamada *la Domina* por los moldavos, extravió la mas jóven y la mas hermosa de sus hijas, prometida en matrimonio á un señor moldavo, prisionero como ella. Los turcos y su familia prometie-

ron en vano cuarenta mil ducados de recompensa al que la encontrase. Robada por un khan tártaro de Crimea, enamorado de sus encantos, no volvió á aparecer hasta despues de trascurrido un año, que se presentó con dos gemelos que criaba á sus pechos, fruto del raptor, de cuyo poder se escapó mas tarde. Algunas canciones satíricas populares acerca de esta desaparicion y esta vuelta, divirtieron y divierten aun la malignidad de los turcos sobre las aventuras de las novias de Moldavia.

Embajadores rusos, enviados á Constantinopla para evitar la irrupcion de los turcos, que perseguian á los cosacos en las fronteras, llegaron cargados de presentes, groseros como sus industrias en aquella época. Consistian estos en pieles, aves de rapiña adiestradas para la caza, y en sesenta dientes enormes de pascados.

Un tratado con la Polonia, firmado en Brusa el 27 de setiembre de 1617 previno un choque violento entre los turcos y los polacos sobre el Dniester. Los polacos se comprometieron á impedir que los cosacos franquearan la línea de Ocsakow, renunciando á toda intervencion en las querellas de Valaquia, de Moldavia y Transilvania.

Algunos conflictos religiosos, producidos por las maniobras de los jesuitas que protegía la Francia,

perturbaron la paz entre las potencias católicas y la Puerta. Los jesuitas fueron encerrados en los calabozos de las Siete Torres por haber corrompido el vicario del patriarca griego en Constantinopla en favor suyo. Este vicario fué ahorcado como cómplice suyo. El embajador francés pagó treinta mil ducados por el rescate de los religiosos encarcelados.

El cardenal Clesel, hijo de un panadero, como el visir, decidió al emperador de Austria á enviar á Constantinopla una embajada solemne para resolver las dificultades de Transilvania.

El sultan Achmet I murió á los 28 años de edad, sin haber visto el fin de estas negociaciones.

Su reinado, que comenzó á los catorce, habia sido largo por el tiempo, breve por su historia. Algunos arranques de energía, ó por mejor decir de crueldad, al principio de su vida, habian terminado en la debilidad que cede alternativamente, á todos los consejos. Amaba el bien, y queria lo justo, al decir de los historiadores y los embajadores de la época; pero no fué grande ni generoso. Su alma no estaba templada para la majestad de un trono.

Dejaba siete hijos, Othman, Murad, Ibrahim, Mohammed, Kasim, Bayezid, Soliman, destinados los unos á reinar, los otros á morir. Pero la historia le debe agradecer el haber sido el primer sultan que

perdonó la vida de su hermano Mustafá al subir al trono. Semejante generosidad en aquel tiempo merecia las bendiciones de los otomanos. Se lamentó su muerte, no se le acusó, los turcos no exigen de sus soberanos mas que lo que la naturaleza les ha dado.

XIV

Las tradiciones de la familia de Gengis-Khan, que rigen los derechos al trono otomano, llamaban al hermano del sultan con preferencia á sus hijos. La edad prevalecia sobre el parentesco en estas tradiciones tártaras. Ese defecto de derecho al trono en la descendencia directa habia motivado tan fatalmente en la familia imperial el asesinato de los hermanos del sultan : perdonar á un hermano era desheredar á sus hijos. Esta consideracion realza á Achmet I y á los sultanes sus sucesores que han seguido su ejemplo, funesto al imperio en aquella ocasion.

Mustafá no era mas que la sombra de un príncipe. La naturaleza lo habia dotado de una estupefaccion eterna al nacer. Si las leyes otomanas hubiesen dispuesto que se fuese hombre ántes de ser sultan, Mus-

tafá hubiera cedido el imperio á sus sobrinos, pero la ley era fatal como la naturaleza. Sin vacilar se proclamó á Mustafá I.

Los otomanos, viéndolo salir de las sombras del serrallo en donde languidecía en los brazos de las mujeres, entre su madre, su nodriza y sus odaliscas, catorce años había, leyeron en su rostro la debilidad de su reinado, una cabeza vacilante sobre un cuerpo delgado; una cara larga que terminaba en una barba puntiaguda, signo de infancia envejecida, mejillas hundidas, labios trémulos y húmedos, una tez que no animaba ningun color, ojos sin expresion que parecian deslumbradores; tal era el exterior de Mustafá I. Su inteligencia, si acaso no estaba extinguida, se hallaba perpétuamente dormida; su vida era maquinal, no tenia mas que instintos de pena y de placer irreflexivos y á veces fogosos, como son las pasiones de los niños y de los brutos; sus ócios los empleaba en mirar desde una terraza bañada por el Bósforo dormir ó espumar las olas, y echar monedas de oro á los peces de sus estanques, que subian á la superficie al ver brillar el metal.

XV

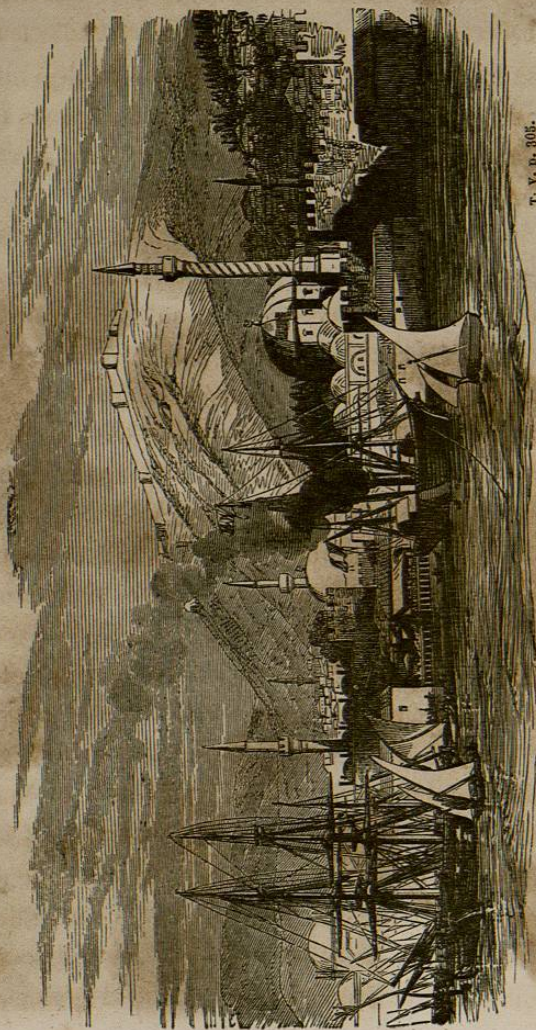
Con tal príncipe, la madre hubiera podido reinar, si hubiese tenido los atractivos de Roxelana y la ambicion de Safiyé; pero la madre de Mustafá, dominada por el Kislár-aga, jefe de los eunucos y gobernador del haren, no ofrecia siquiera á este hombre ambicioso bastante consistencia en las ideas y en el carácter para fundar con su apoyo un gobierno de favor. La nodriza del sultan, casada con el camarero mayor, le disputaba el crédito en el haren; una kurda, sin mas autoridad que haber arrollado en sus brazos á un niño idiota, iba á gobernar á su antojo el Asia y la Europa. El eunuco, para perder á estas dos mujeres, se apresuró á revelar al visir la incapacidad absoluta de Mustafá. Conspiró con la madre de Othman, hijo primogénito de Achmet I, para derribar al fantasma y elevar á Othman al trono. Nadie tenia interés en sostener una sombra de soberano, que no podia ofrecer punto de apoyo para nada ni para nadie. Un golpe de Estado unánime, concertado entre todos los jefes de la religion, de la ley y del

ejército, dispuesto sin pasion en un divan general, pronunció la deposicion de Mustafá y la exaltacion de Othman II el 26 de febrero de 1618.

XVI

El sultan depuesto fué de nuevo encerrado en un apartamento silencioso del serrallo con su madre, su nodriza y sus esclavas. Ni siquiera tenia la inteligencia necesaria para sentir que habia subido y bajado en pocos dias las gradas del trono. Él sonreia con todas las escenas de este drama, tendiendo la mano con la misma indiferencia á los visires que se la besaban, que á las esposas de sus carceleros.

Khalil-bajá mandaba durante estos sucesos de palacio en calidad de gran visir y de serdar del ejército turco en las fronteras de Persia. Algunos ventajosos encuentros contra schah-Abbas le habian parecido suficientes para motivar una tregua. Llamado á Constantinopla, el sultan le habia quitado los sellos y lo habia repuesto en su plaza de capitan-bajá. Othman II lo castigaba así de haber colocado en el trono



T. V. p. 305.

TUNÉS.

á su tío, de haberlo sostenido en él tres meses, y de haber retardado de aquella suerte su exaltacion. En su lugar nombró á Oguz-bajá, que no dejó ningun vestigio en el gobierno, y despues de algunos meses de indecision, fué reemplazado por Alí *el Hermoso*, hijo del gobernador de Túnez.

Alí *el Hermoso* era griego, oriundo de la graciosa isla de Cos en el Archipiélago. Tenia las formas, el genio, la elocuencia y la intriga de su raza; tenia tambien la aficion al mar y la aptitud naval ejercitada desde su temprana edad en las costas de Túnez. Subiendo de grado en grado hasta el gobierno de Chipre, habia justificado su fortuna con grandes servicios prestados en el mar á los turcos. Los despojos y las presas que habia llevado á Constantinopla, enriqueciendo con ellas el tesoro y el arsenal, le habian dado mucha fama entre el pueblo; con su gracia, su finura, su belleza, su adulacion, habia conquistado el afecto del jóven príncipe.

Othman II concedió á su gran visir el destierro de todos sus rivales. El antiguo gran visir Oguz-Mohammed, yerno de Achmet I, despojado en sus bienes fué á languidecer y á morir en Siria; el jefe de los eunucos negros, que habia exaltado y derribado dos emperadores, expió sus intrigas en el fondo de la Ethiofia, de donde habia salido; el preceptor de

Othman, familiar cuyo influjo sufría á menudo el visir, fué enviado á los desiertos de la Meca.

La muerte libró al serallo de la dominacion de la sultana Safiyé, mujer, madre y abuela de tantos príncipes, despues de catorce años de retiro, dejó la autoridad en el serallo á la sultana Koesem, apellidada *cara de luna*, esposa favorita del sultan Achmet I. Los hermanos aun niños del padischah reinante, Murad, Suleiman, Kasim, Ibrahim, eran hijos de esta sultana. Miétras gozó de ascendiente en el ánimo de Achmet, mantuvo relaciones amistosas con su rival, la sultana Mahfiruz, es decir, *favorita del astro de la noche*, y madre de Othman. Estas dos mujeres se habian prometido continuar amándose y sosteniéndose mutuamente por el interés de la vida de sus hijos, cualesquiera que fuese su destino despues de la muerte de Achmet.

Mahfiruz, fiel á su promesa, autorizó á su hijo Othman para que visitase en el antiguo serallo á la sultana Koesim. Este palacio y estos jardines, especie de necrópolis viviente de las potencias caidas y de las beldades repudiadas, no eran visitadas nunca por los soberanos que ocupaban el trono. Sus madres y sus esposas hubieran visto con celos estas comunicaciones entre el antiguo y el nuevo haren. Othman II fué el primero que infringió en obsequio de una fa-

vorita de su padre estos escrúpulos recelosos de su córte. Aceptó una fiesta interior que le dió la sultana Koesem, y pasó cuatro dias y cuatro noches en el antiguo serallo, encantado con las conversaciones de su suegra, sin excitar los celos de su madre.

XVII

Una intriga de los polacos con Gratiani, príncipe de Moldavia, hizo estallar las hostilidades entre la Puerta y la república de Polonia. Iskender-bajá presentó la batalla á los polacos en la llanura de Moldavia. Veinte mil sármatas muertos en el combate y diez mil prisioneros pasados despues á cuchillo como rebeldes, fueron las consecuencias de esta guerra. Los polacos propusieron el volver á pasar el Dniester, pagar cien mil ducados por los gastos de la guerra y doblar el tributo anual. Enviaron rehenes y los pidieron á Iskender-bajá para afianzar la seguridad de las negociaciones. Iskender-bajá designó al príncipe tártaro Cantimir para rehen de los turcos enviado á los polacos. « ¿Te has hecho infiel? » exclamó Cantimir, cuando Iskender le habló de entregarlo al